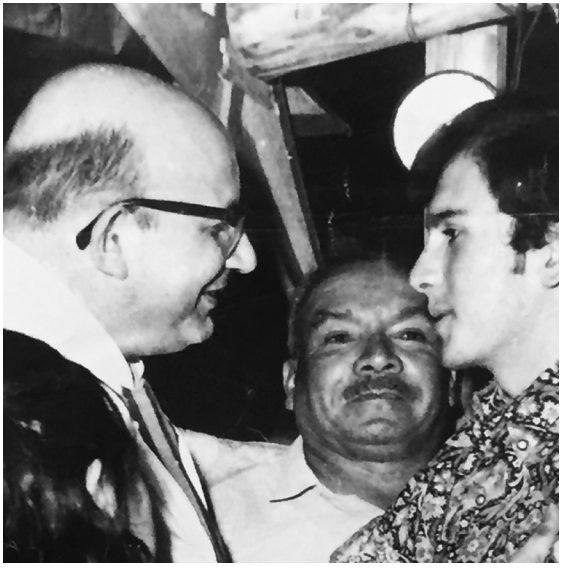
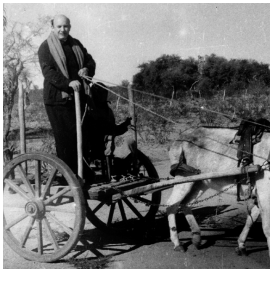
PADRE ARMANDO AMIRATTI
PADRE MIGUEL ÁNGEL LA CIVITA

ACTUALIDAD

El corazón de un Mártir

El perfil de un Obispo del Concilio





MONSEÑOR ENRIQUE ANGELELLI

PPC

Presentación

¡Tengo el privilegio de presentarles esta nueva edición del libro *El corazón de un mártir* una obra escrita por dos sacerdotes del clero riojano, nacidos en la provincia de Santa Fe e incorporados al proyecto pastoral de Mons. Angelelli, el primero como sacerdote y el segundo, como seminarista.

El P. Armando Amiratti, un prestigioso sacerdote del clero rosarino, antiguo superior del Seminario de la Arquidiócesis de Rosario, ha sido un pastor muy reconocido por su santidad de vida y ministerio, que se sumó a la Diócesis de La Rioja en vida de Mons. Angelelli y supo ser un párroco extraordinario en distintos barrios de la ciudad Capital de la provincia, para fallecer en una hermosa localidad del interior llanisto, Olta; amado por sus fieles y hoy venerado por el recuerdo agradecido de quienes lo trataron.

El P. Miguel La Civita conoció a Mons. Angelelli en los tempranos años de su discernimiento vocacional y de la formación sacerdotal; dejó su Villa Eloísa natal, en cercanías de Rosario, para integrarse al proyecto educativo del "Pelado" como llamaban cariñosamente a Mons. Angelelli, sacerdotes y religiosos de su tiempo. Dedicó la mayor parte de su ministerio a distintas comunidades parroquiales de La Rioja, debiendo retirarse años atrás a su pueblo natal para acompañar a un hermano enfermo y a su madre anciana. Mientras llegue el momento del regreso, colabora con la Arquidiócesis de Rosario, desempeñando fructuosamente el ministerio presbiteral.

Sacerdotes y laicos de la comunidad riojana me dijeron muchas veces que este libro era una obra muy lograda porque constituía una aproximación fidedigna a la persona de Mons. Angelelli, con trazos realistas y emotivos muy logrados. Animados por un gran cariño hacia la persona del pastor mártir, Amiratti y La Civita quisieron dar testimonio de su modo de relacionarse y servir a su pueblo, extraordinariamente humano y en consecuencia, fielmente cristiano, es decir alcanzado totalmente por el estilo del Señor Jesús.

Es muy bello el despliegue argumental que nos proponen. Comienzan con una primera contextualización más amplia, a cargo del P. Amiratti, con elementos de la historia eclesial reciente, donde pone la lupa especialmente en el Concilio y la renovación que suscitó; además de apoyarse en aportes de teólogos contemporáneos de la talla del Card. Martini o González Faus; relaciona a éstos con expresiones de Angelelli que dan contenido a una reflexión fuerte sobre Cristo, la Iglesia, los pobres, La Rioja…

En un segundo momento, más íntimo, al modo de un hijo que evoca a su padre y con admiración cuenta episodios de su vida temprana, el P. La Civita nos comparte anécdotas que pintan un Angelelli enamorado de la

vida, de la juventud, de los ideales, de la Iglesia, que a este joven seminarista le abre las puertas de un proyecto eclesial donde todos son importantes.

En suma, no estamos ante una obra estrictamente biográfica ni ante un texto que aborde sistemáticamente la vida del tercer obispo de La Rioja, sino ante una bella y bien lograda presentación de un hombre con un corazón grande, al modo de Jesús, el buen Pastor, que amó con todas sus fuerzas a quienes Dios le puso en el camino de su servicio ministerial y sobre todo, que se entregó a la Iglesia como esposo apasionado y padre generoso.

La obra que les presento fue publicada por primera vez por los amigos del centro Tiempo Latinoamericano, imprescindibles compañeros de camino de este obispo que les escribe, al abordar la causa de canonización de Mons. Angelelli. Gracias a Luis Miguel Baronetto (Vitín) y sus colaboradores, en su mayoría exalumnos de Mons. Angelelli en sus años de sacerdote y obispo auxiliar de Córdoba, hemos podido conservar los escritos del inolvidable obispo, *"pastor de tierra adentro",* como él se presentó un 24 de agosto de 1968 a su comunidad riojana al asumir el gobierno pastoral de la diócesis. El centro Tiempo Latinoamericano ha sido un verdadero baluarte donde quedaron a buen resguardo reportajes, homilías, anécdotas y textos de y sobre Mons. Angelelli. ¡Gracias por tanto, Tiempo Latinoamericano! ¡Hay que seguir andando!

Para mí, como sucesor de Angelelli va llegando el tiempo de partir. Luego de cinco intensos años en esta Diócesis de La Rioja, la Iglesia me pide una nueva misión, en este caso al frente de la Arquidiócesis de Mendoza. En este marco, el 8 de junio el Papa Francisco declaró mártires a Mons. Angelelli, a los Padres Carlos Murias y Gabriel Longueville y al laico Wenceslao Pedernera.

Esta Iglesia martirial ve reconocida su condición de tal por el Santo Padre que de este modo pone de manifiesto la obra de Dios en los mártires riojanos. Habiendo trabajado junto a otros hermanos y hermanas en esta causa de beatificación, siento estallar mi corazón de alegría porque la Iglesia tenga en sus altares a hombres de este porte, que entregaron sus vidas por amor, que soñaron anticipadamente esa comunidad en salida de la que nos habla el Papa Francisco, integrada por discípulos misioneros que no temen los rigores del camino sino el quedarse como espectadores de una historia que les pase por delante sin poder transformarla de la mano de Dios, padre y artesano.

Enrique Angelelli y sus compañeros mártires, lejos del mármol, cerquita del barro de la historia, rueguen por nosotros.

La Rioja, 17 de julio de 2018
Día del 95° cumpleaños de Mons. Angelelli.

+ Padre Obispo
Marcelo Daniel Colombo

Para iniciar el diálogo

En estas páginas queremos llegar hasta el corazón de ustedes, para transmitirles nuestra experiencia de vida junto a este **gran hombre de Dios** y por sobre todo **sacerdote**.

Para nosotros fue un regalo de Dios que este sacerdote y obispo de la Iglesia enriqueciera nuestras vidas.

Por eso nos parece bueno compartirlo con ustedes para que también se enriquezcan. No nos podemos guardar lo que a veinte años de su martirio es patrimonio de la Iglesia y de todo el pueblo que lucha por su dignidad.

Intentaremos comunicarles, en primer lugar la riqueza de un hombre lleno de gestos, que manifiestan ternura por las cosas simples de la

Vida. Porque creemos que allí radicaba su gran pasión por la justicia y por el pobre. O dicho de otra manera, lo que trascendió las fronteras tiene sus raíces en ese hombre-niño repleto de Dios, y por lo tanto con la ternura del pan recién horneado, la sencillez de las verbenas que florecen en el monte, la fortaleza de los quebrachos y algarrobos que le ponen el pecho a la adversidad, el perfume de las flores de nuestra tierra, que florecen aun en las sequías y la altura que alcanzan los cóndores de nuestros cerros para escudriñar la vida.

No encontrarán en estas páginas profundas reflexiones teológicas, porque creemos que hay hermanos más capaces que nosotros para hacerlo, y los alentamos para que así sea.

A nuestro lado fue deshojando su vida en un permanente Te quiero a Dios, a su pueblo, a sus monjitas y a sus sacerdotes. Y este "te quiero" a la vida es que queremos dejar en el corazón de ustedes como homenaje a este "Gran hombre de Dios" y "Profeta del Concilio Vaticano II", "Mártir de la Fe" y "Padre de los pobres", que perfumó y perfuma la vida de la Iglesia.

Queremos hacerles llegar esta historia de amor a la Iglesia del Concilio. Una Iglesia que creció en su interior en las aulas del Concilio Vaticano II y que la fue pariendo en esta Bendita y Querida Rioja. Una Iglesia llena de ternura para con el pobre y marginado. Una Iglesia que sintió la indignación frente a tantos atropellos y que defendió la vida con uñas y dientes.

Su martirio no fue un hecho puntual, sino la suma de gestos y actitudes que pusieron de manifiesto la coherencia del Proyecto de Jesús: "Una Iglesia servidora".

En el título del libro queremos expresar lo que intentamos transmitir: *El Corazón de un Mártir,* porque su amor se fue asemejando día a día al de Jesús en su entrega, en su testimonio y en su fe inquebrantable, que lo adhirió al proyecto de Jesús. "El perfil de un obispo del Concilio", porque su martirio fue la consecuencia de anunciar la necesidad de una Iglesia nueva, la misma, la única de Jesús que debía volver a las raíces, para ser eficaz en un mundo endurecido por el egoísmo una Iglesia que comenzó a desinstalarse, a tomar distancia de los poderes de turno, y a tener su propia voz, que anunciaba y denunciaba. Anunciaba desde un compromiso concreto, la "opción preferencial por los pobres", caminando con y desde el pueblo (ternura). Y denunciaba, la injusticia, el atropello y el abuso de los poderes autoritarios, de la oligarquía de turno, que pretendía la vida para unos pocos (indignación).

Una Iglesia que dejaba de servir y bendecir a la clase dominante, y abría caminos de protagonismo en el corazón del pueblo olvidado y marginado.

Una Iglesia para todo el hombre y para todos los hombres, pero desde la óptica conciliar, o sea desde el pobre.

Una Iglesia, que anunciaba la conversión y el cambio de actitudes para construir una sociedad justa y fraterna.

Una Iglesia que puso las bases evangélicas de un rumbo nuevo, siendo fiel a Dios y al pueblo, y que pagó con el martirio, esa fidelidad para parecerse más a la Iglesia que soñó y puso en marcha Jesús.

Una Iglesia que le puso **un oído al Evangelio y otro al pueblo;** que la quisieron acallar y detener porque molestaba una Iglesia que sigue de pie porque no está dormida en el pasado, ni vive de nostalgias, ni de recuerdos.

Una Iglesia que recoge la sangre de los mártires como tesoro y riqueza y se proyecta, en una Iglesia de servicios porque **"hay que seguir andando nomás".**

Este librito tiene, por así decirlo, dos partes:

La primera escrita por el padre Armando Amirati, donde se enmarcan los acontecimientos que nos llevaron a la experiencia del martirio de la mano de este obispo a quien rescata como **hombre de Dios** y fundamentalmente **sacerdote** de la Iglesia de Jesús.

Una segunda parte, escrita por el padre Miguel Ángel La Civita, quien, en anécdotas vividas al lado de este obispo, intenta transmitir la riqueza humana de este hombre, que por **"ser fiel en lo poco, fue fiel en lo mucho".** El perfil rico en humanidad, que hizo posible caminos nuevos para el pueblo de Dios.

Nos sentamos con ustedes a compartir la mesa, el pan y el vino, para ponernos de pie porque "hay que seguir andando nomás".

Los autores
Olta - Chamical
La Rioja, julio de 1996
En el 20° aniversario de los Mártires Riojanos

I PARTE

Armando Amiratti

Bosquejo del rostro de la Iglesia argentina durante el episcopado de Enrique Angelelli

Seis acontecimientos eclesiales influyeron decisivamente en la vida, en el ser y quehacer de la Iglesia argentina desde la década del sesenta hasta nuestros días e inspirando y estimulando su renovación evangélica y un nuevo modo de relación con el mundo y de inserción en él, pero también provocando reacciones diversas, favorables unas y desfavorables otras y, por tanto, también actitudes pastorales diversas y aun antagónicas. Estos seis acontecimientos son:

1. El Concilio Vaticano II (1962-1965).
2. La encíclica *Populorum progressio* del papa Pablo VI (1967).
3. El manifiesto de los 18 obispos del Tercer Mundo (1967).
4. La Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín (1968).
5. La Conferencia Episcopal Argentina de San Miguel (1969).
6. La Conferencia Episcopal Latinoamericana de Puebla (1979).

El manifiesto de los 18 obispos del Tercer Mundo, inspirado por el obispo Hélder Câmara y firmado por un obispo argentino, Alberto Devoto, obispo de Goya, aunque no tiene en sí mismo el peso y la significación de los otros cinco acontecimientos, tuvo mucha influencia en la Iglesia argentina, porque inspiró el nacimiento del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, el movimiento sacerdotal numéricamente más grande en toda la historia de la Iglesia argentina y con una notable presencia en la muy dolorosa y opresiva situación que se vivía entonces en el país.

De esos seis acontecimientos, los cinco primeros tuvieron lugar durante el tiempo en que Enrique Angelelli ejerció el ministerio episcopal.

Estos acontecimientos no surgieron por generación espontánea. Los precedió una larga y, en parte, dolorosa preparación. Los hizo posibles una suma de oración, de reflexión teológica, de experiencias pastorales y también de cruces asumidas cristianamente. Muy coherentes entre sí, concretizan y desarrollan homogéneamente tres grandes intuiciones del papa Juan XXIII, precedidas y, en cierto sentido,

dependientes de una primera intuición metodológica: para discernir las características de la evangelización y de que en toda acción pastoral es necesaria la atención a los signos de los tiempos; es necesario partir de la realidad; ver y juzgar a la luz de la Palabra de Dios y obrar en consecuencia. Por eso se llamó al Concilio Vaticano II, Concilio Pastoral. Así lo quiso explícitamente Juan XXIII. Quiso un Concilio que, preferentemente, se aplicara a buscar Caminos de evangelización en el mundo contemporáneo, de encarnación de la fe en la vida y en la historia, caminos de respuestas desde la fe a los interrogantes, demandas y clamores de la humanidad.

Esto no significa que, por eso, sea un Concilio menos importante ni carente de sólida doctrina, como algunos pretendieron.

Según una lúcida conferencia de Gustavo Gutiérrez, las tres intuiciones fundamentales de Juan XXIII son las siguientes:

1. Apertura al mundo, "en cuya evolución no está ausente el Espíritu de Dios", dirá el Concilio Vaticano II en el documento *Gaudium et spes*. Esto implica un cambio en la actitud de la Iglesia frente al mundo: el paso de una Iglesia que huía del mundo, de una Iglesia que, en cierto modo, se situaba fuera del mundo e, incluso, de una Iglesia, a veces, *versus* mundo, a una Iglesia en relación dialogal con el mundo y, más aún, entrañablemente inserta en el mundo e íntimamente solidaria con él y con su historia.
   Con lucidez evangélica Pablo VI afirmó en su primera encíclica que la Iglesia es diálogo intraeclesial y también diálogo con las otras confesiones cristianas, con las religiones no cristianas y con el mundo, en general, es decir, con toda la humanidad. El mismo Papa dijo: "Que lo sepa el mundo, no estamos para conquistarlo sino para servirlo" Y también "No se salva el mundo desde afuera". Son tres expresiones claves para identificar la Iglesia, que expresa esa primera intuición de Juan XXIII, es decir: una Iglesia en diálogo cordial con el mundo, y una Iglesia inserta en el mundo, no para condenarlo, ni para conquistarlo, ni para dominarlo, sino para servirlo. Dice el Concilio en el documento *Gaudium et spes:* "Los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son, a la vez, los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia".

"Al proclamar el Concilio la altísima vocación del hombre y la divina semilla que en este se oculta, ofrece al género humano la sincera colaboración de la Iglesia para lograr la fraternidad universal, que responde a esa vocación". "Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de modo que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambos". "Es necesario, para ello, conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas y el sesgo dramático que, con frecuencia, lo caracteriza". Apertura al mundo significa, entonces, pasar de una Iglesia que impone a una Iglesia que dialoga e invita a ver, a una Iglesia Sacramento de Salvación, Sacramento de la Misericordia de Dios.

Apertura al mundo no es, entonces, aceptación acrítica de todo lo que ofrece el mundo, sin discernir a la luz del Evangelio sobre sus valores y propuestas.

2. La segunda intuición de Juan XXIII es el diálogo ecuménico con las otras confesiones de fe cristiana. Por eso, grandes teólogos evangélicos estuvieron presentes en el Concilio.

3. La tercera intuición de Juan XXIII es la de la Iglesia de los pobres. En un discurso que pronunció significativamente un mes antes de la iniciación del Concilio, dijo lo siguiente: "Ante los pueblos subdesarrollados la Iglesia es y quiere ser la Iglesia de todos, pero especialmente de los pobres". Es importante la preposición *de.* No solo una Iglesia que sirve a los pobres –como si fueran amos, decía san Vicente de Paúl–, sino una Iglesia que asume su causa y en la que los pobres son protagonistas.

De los tres temas: apertura al mundo, ecumenismo e Iglesia de los pobres, este último, aunque no estuvo ausente del Concilio, fue, sin embargo, el que tuvo menos acogida en él.

Esto motivó una intervención muy importante del cardenal Lecaro, amigo y confidente del papa Juan XXIII y por tanto, fiel intérprete de su pensamiento. Esta intervención tuvo lugar al final de la primera sesión del Concilio. Dijo: "Más que proponer que este tema se añada, quisiera decir que al Concilio le ha faltado hasta ahora la

conciencia explícita de que, en cierto sentido, este tema de la Iglesia de los pobres es el elemento de síntesis; el punto de clarificación y de coherencia de todos los puntos tratados hasta ahora y de todo el trabajo que debemos desarrollar".

Estas palabras de un italiano parecen dichas por un latinoamericano, bien inserto en nuestra realidad. Medellín las recoge, y relee y reinterpreta el Concilio desde la perspectiva de la realidad de América Latina, continente de mayorías empobrecidas. Constata que el clamor mayor de nuestro continente es el que brota del mundo de los pobres, de esas mayorías empobrecidas, excluidas del banquete de la vida y, en virtud de esa constatación, discierne la tarea fundamental de la Iglesia en Latinoamérica. Dice que "es el mismo Dios quien, en la plenitud de los tiempos, envía a su hijo para que, hecho carne, venga a liberar a todos los hombres de todas las esclavitudes a que los tiene sujetos el pecado, la ignorancia, el hambre, la miseria y la opresión; en una palabra: la injusticia y el odio, que tiene su origen en el egoísmo humano". Y añade que "en la historia de la salvación, la obra divina es una acción integral y de promoción del hombre en toda su dimensión, que tiene como Único móvil el amor".

Afirma esto porque, como ya se dijo, constata que "en América Latina se vive un clima de casi universal frustración, debido a la opresión económica, social y cultural".

A su vez, los obispos argentinos, reunidos en San Miguel (Prov. de Buenos Aires) dicen que "como la vocación suprema del hombre es una sola: la divina; la misión de la Iglesia también es una sola: salvar íntegramente al hombre. En consecuencia, la evangelización comprende necesariamente el ámbito de la promoción humana. Es, pues, nuestro deber trabajar por la liberación total del hombre e iluminar el proceso de cambio de las estructuras injustas u opresoras generadas por el pecado".

Los obispos argentinos afirman lo que antecede porque ellos también comprueban que "a través de un largo proceso histórico, que aún tiene vigencia, se ha llegado a una estructuración injusta y que, por tanto, la liberación deberá realizarse en todos los sectores donde hay opresión: el jurídico, el político, el cultural, el económico y social". Añaden, además, como metodología, que "la Iglesia ha de discernir acerca de su acción liberadora o salvífica desde la perspectiva del pueblo y de sus verdaderos intereses, pues por ser este sujeto y agente de la historia humana, que está vinculada íntimamente a la historia de la salvación, los signos de los tiempos se hacen descifrables en los acontecimientos propios de ese mismo pueblo o que a él afecten". Y que,

por tanto, "la acción de la Iglesia no debe ser solamente orientada hacia el pueblo, sino también, y principalmente, desde el mismo pueblo.

Y por fin reconoce que, "para insertarse y encarnarse en la experiencia nacional del pueblo argentino, debe acercarse especialmente a los pobres, oprimidos y necesitados, viviendo en ella su propia pobreza y renunciando a todo lo que pueda parecer deseo de dominio".

Sintetizando, el Concilio, Medellín y San Miguel quieren una Iglesia abierta al mundo, es decir en diálogo franco con el mundo y, sobre todo en América Latina, encarnada en el mundo de los pobres.

Por lo tanto, queda claro que aquí, en América Latina, la ruptura entre el Evangelio y las urgencias y desafíos que vienen del mundo de la pobreza, entre el anuncio de la Buena Nueva y el clamor de los pueblos empobrecidos injustamente, sería un obstáculo insalvable para una auténtica evangelización.

Si se da esa ruptura entre el ser y quehacer de la Iglesia y los gemidos y clamores del pueblo empobrecido, tampoco habrá verdadero seguimiento de Cristo y, por tanto, auténtica espiritualidad cristiana.

La verdadera conversión se data en la medida en que el corazón se convierta a Jesús, que vive en el pobre y se concrete en un verdadero compromiso de solidaridad con los pobres. Ese y no otro será el signo más claro de que se está en comunión con Dios, con su proyecto de amor (Abate Pierre).

De esta manera, la tarea evangelizadora, será una valiosísima colaboración de la Iglesia para la construcción de la fraternidad, que responde al proyecto liberador y salvador de Dios. La acción misionera de la Iglesia no tiende solamente a acrecentar el número de católicos, sino también a sembrar en el mundo, para su transformación, el espíritu de Cristo.

Si alguien comienza a amar de verdad, si en el mundo se comienza a preferir la justicia a los propios intereses, y la fraternidad y solidaridad a la competencia y al acaparamiento, se está evangelizando, aun en el supuesto de que no aumente el número de católicos.

Dada la condición humana, con su cuota de trigo y de cizaña, de gracia y de pecado, esta metodología pastoral, que pide estar atentos a los signos de los tiempos y supone instancias de oración y de reflexión a partir de la realidad, interpretada a la luz de la Palabra de Dios y que exige también mente y corazón, no enquistados en un conservadorismo intangible, sino dispuestos al cambio, a la renovación, debía provocar respuestas y reacciones diversas y, por tanto, también actitudes pastorales diversas y aun antagónicas. Y así efectivamente, dio origen,

en el seno de la misma Iglesia, no solo a tensiones, sino a verdaderos y duros conflictos, con un alto coste de sufrimiento, de cansancio, de marginación de muchos agentes de pastoral, de abandono del Ministerio sacerdotal, de la vida religiosa y aun en muchos casos, de toda vida eclesial.

Baste recordar los graves conflictos vividos y sufridos en las diócesis de San Isidro, Córdoba, Mendoza, Rosario y Corrientes.

Se dieron posiciones explícitamente anticonciliares, que negaron valor al Concilio y se colocaron al margen de la Iglesia; posiciones condenatorias, sobre todo, de la constitución *Gaudium et spes* y del decreto sobre libertad religiosa, porque consideraron que esos documentos significaban una capitulación de la Iglesia frente al mundo. Entre los que no negaron el Concilio se dieron también interpretaciones distintas y, muchas veces, incompatibles entre sí.

Se dio una posición que interpretó el Concilio en forma ahistórica, en actitud de resistencia a todo cambio, hiriendo así al Concilio en su espíritu. Esto, por supuesto, en diversos grados y con variados matices. Existió también una posición, que se consideró renovadora, pero lo fue solo decorativamente. Consistió en una renovación superficial, una modernización, que fue, de hecho, una aceptación acrítica de las propuestas del mundo; una adaptación a él, no inspirada, precisamente, en el Evangelio.

Una tercera posición sostuvo que, sobre todo en los países subdesarrollados, la renovación evangélica, de acuerdo al espíritu del Concilio, se dará en la medida en que se emprenda el camino de la conversión del corazón a Cristo, que vive en el pobre, en una sincera, cordial y efectiva opción por los pobres.

Para visualizar los duros enfrentamientos que se originaron y constatar así la situación, tremendamente conflictiva, que se vivió, basta el siguiente ejemplo: Una declaración pública, firmada por algunos obispos y más o menos 600 sacerdotes, dice, refiriéndose al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, que a su vez contaba con un poco mas de 500 miembros: "He aquí que desde hace unos años un grupo de sacerdotes, cada vez más numeroso, de diversas jerarquías y ubicados en todas las latitudes, se hallan empeñados en *cambiar la imagen de la Iglesia, del Cristianismo y aun del mismo Jesucristo.* Con sus palabras o con sus actos quieren presentarnos *una imagen de la Iglesia radicalmente falsa".*

Juicio condenatorio inapelable y acusación pública gravísima de hermanos sacerdotes contra hermanos sacerdotes. Juicio y acusación,

ciertamente injustos, pero existieron y son testimonio inequívoco de un tiempo difícil en la vida de la Iglesia argentina. Casi simultáneamente Monseñor Pironio decía: "El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo es, sin duda, un movimiento religioso, con una admirable disposición de entrega; es también una lección de compromiso y, en muchos casos, de heroísmo".

Otro ejemplo. Un sacerdote decía: "La Iglesia es una traición constante al Evangelio en toda su historia, salvo en sus orígenes", y abandonó el ministerio sacerdotal y toda vida eclesial.

En cambio, otro sacerdote, perteneciente al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, dolorido por las acusaciones injustas surgidas en el seno de la misma Iglesia, decía: "Solo queremos retomar el centro vital de la Buena Noticia de Jesús: la formación de una comunidad fraternal de todos los hombres entre sí y con Dios", y permaneció en la Comunidad de la Iglesia y en el ejercicio del ministerio sacerdotal.

Estos son solo algunos casos entre muchos otros, que fueron menos públicos y, por tanto, menos conocidos, pero bastan para mostrar una Iglesia desgarrada. Era, sí, una Iglesia herida por duros enfrentamientos, largos y penosos conflictos, inmisericordes exclusiones y perseguida cada vez más duramente en muchos miembros suyos por el régimen injusto y opresor imperante, pero era también, al fin de cuentas, una Iglesia primaveral, porque buscaba, esperanzada, alcanzar la utopía de una profunda renovación evangélica y de un mundo nuevo, justo, fraterno; la civilización del amor.

Iglesia crucificada, pero Iglesia primaveral.

En ese clima de dolor y de esperanza, emerge, señero, Enrique Angelelli, fiel al "Un oído puesto en el Evangelio y otro en el pueblo", con una clara opción por los pobres y por una Iglesia de todos, pero especialmente de los pobres; por una Iglesia que "no busca audiencia porque hable triunfalmente de sí misma, sino porque intenta transparentar en su vida el amor y la salvación de Dios".

Amó apasionadamente a la Iglesia, santa y pecadora, a la que permaneció íntima y cordialmente unido en la cruz, y amó apasionadamente al pueblo y particularmente al pobre, para el que vivió y por el que murió. Sufrió la incomprensión de muchos, que debieron comprenderlo; hermanos laicos, religiosos, religiosas, sacerdotes y aun obispos. Fue, sí, comprendido por la inmensa mayoría de su presbiterio, por la mayoría de los religiosos y religiosas y laicos, que sintieron, como una gracia de Dios, el colaborar con él en la tarea evangelizadora.

Es elocuente, al respecto, el testimonio de todas las comunidades de religiosas, que colaboraban en la pastoral diocesana: Asuncionistas, Misioneras, Carmelitas, Pobres Bonaerenses de San José, Antonianas, del Divino Maestro, Dominicas Cordobesas, Esclavas del Sagrado Corazón, Azules, del Sagrado Corazón, Josefinas, Concepcionistas. En una reunión con el representante Papal, Monseñor Vicente Zaspe, Arzobispo de Santa Fe, los miembros de los distintos gobiernos generales o provinciales hicieron resaltar que "las hermanos que viven en la diócesis de La Rioja han descubierto con mayor profundidad, gracias a la vida de esta Iglesia local, el sentido de su consagración en la Iglesia y en este pueblo concreto" y destacaron, a su vez, toda la riqueza que las distintas congregaciones han recibido a través de las comunidades insertas en ella.

Como este testimonio de las religiosas, abundan en el mismo sentido testimonios de muchos laicos y especialmente, testimonios muy conmovedores de los pobres, que entre otros muchos gestos de amor y solidaridad, le deben la creación de las Vicarías parroquiales en muchos de los barrios en que viven.

Apasionado por la comunión eclesial, la fomentó incansablemente e instó a sacerdotes, religiosas y laicos a asumir la cuota de responsabilidad que les corresponde. Impulsó constantemente la participación y la corresponsabilidad, como fruto de la comunión.

No renegó de ninguno de los valores de la Iglesia preconciliar y asumió con coraje evangélico, sin claudicaciones, los valores de la Iglesia posconciliar.

Los que tuvimos la gracia de trabajar junto a él y en estrecha comunión con él, sabíamos que emprendíamos un camino largo y no sin espinas, pero sin prever, quizás, su tremenda dureza: la difamación desmedida, la calumnia diaria, el insulto atroz, el asesinato de dos hermanos sacerdotes y de un laico militante y, al fin, el asesinato del mismo obispo. Pero sabíamos que no caminábamos solos, sino juntos, tomados de la mano, y sabíamos también que Dios caminaba con nosotros, o mejor, que Dios mismo caminaba en nuestro mismo caminar. Y sabíamos que esto era así, pasara lo que pasara.

Un preso dejó escrito en una cárcel de América: "Piensan que nos matan, pero se suicidan". "Es preciso decir que por cada flor cortada surgirán millones de semillas".

No sabemos cuándo –hemos aprendido de los pobres a esperar pacientemente– pero estamos seguros de que, a la hora señalada por Dios, la

semilla de la sangre derramada dará el milagro de la espiga: Una Iglesia cada día más evangélicamente renovada, porque será la Iglesia de todos, pero especialmente la Iglesia de los pobres, para la que vivió y por la que murió Enrique Angelelli, obispo mártir.

Dios no olvida al pobre, la paciencia y la esperanza del humilde no morirán jamás.

Índice

Para iniciar el diálogo 7

I PARTE
ARMANDO AMIRATI

Bosquejo del rostro de la Iglesia argentina durante el episcopado de Enrique Angelelli 13
Con la alforja llena de Evangelio y dolor de pueblo 23
Sacerdocio, Misericordia de Dios para con su pueblo 31
Enrique Angelelli: nada más que sacerdote 41
Ternura e indignación 43

II PARTE
PADRE MIGUEL ÁNGEL LA CIVITA

Un pocillo de café 53
Un monedero de cuero 57
Una reunión con curas y monjas 61
Una de tantas conversaciones en el camino 65
Una lamparita en la catedral 69
Un viaje a mi casa 73
Un sillón roto 77
Cuando nos mandó acompañar a un hermano 83
Nuestra ida a Buenos Aires 87
El último encuentro 91
Su martirio maduró en Chamical 95
Y su martirio seguía madurando, ahora, en Sañogasta 102
Y su martirio floreció en Punta de los Llanos 103
Monseñor Enrique Angelelli, vives en el alma de tu pueblo 107
El perfil y el corazón de un mártir 111
Feliz porque amó y luchó por la justicia 121